

# Antología de Vlaro Lopez



Presentado por

*Poemas del Alma* 

## Dedicatoria

*A todas las mujeres que no he podido amar.*

## Sobre el autor

Vlaro Lopez (1969) es ingeniero aeronáutico por la Universidad Politécnica de Madrid, pero siempre se ha dedicado a trabajos relacionados con la red.

Desde el año 2017, publica sus poemas en Poemas del Alma, poemas que empezó a escribir desde el año 2000.

## Índice

Ahí viene la muerte

Anteojos de carne

La espiga

Lo que vendrá

Romance del diablo

Viejo

## Ahí viene la muerte

Ahí viene la muerte,  
pensamiento ligero,  
deseo insatisfecho  
de fuegos de oro.

Coloquial, absurda,  
como un frágil disparo  
de nieve del cielo  
clavado en la selva.

Nace en el silencio  
del amargo sueño,  
y devora un instante  
cual marca de hielo.

Ya está aquí otra vez  
terrenal y dulce.  
Jamás le importó  
ni la luz ni un beso.

## Anteojos de carne

Tus anteojos de carne me enamoran  
como enamora la luna a la enorme Tierra,  
esferas perfectas que dan un paseo  
por los informes recovecos de mi mente.

Basta una mirada, y el Sol, y su luz  
para que un halo de recuerdos dulces  
rieguen mi memoria marchita de años  
y sesguen mis manos contra tu horizonte.

No hay prisa, no hay prisa, avanzo certero,  
pues tan infinito es el mundo como tu carne,  
que no palidece ante los impulsos  
de mi cuerpo entero contra tus ropajes.

La brisa de hoy será nocturno huracán,  
entreverado como el baile de tus cristales  
que nutren el cielo de tibios pecados  
y contemplan azules tu prístino vientre.

## La espiga

La hermosa espiga floreció de nuevo anoche,  
esta vez la regaré con mis mejores lágrimas,  
rozaré con cuidado su tierno tallo, y me bañaré,  
como la luz del sol, entre sus brotes amarillos;  
el viento silbará suavemente hacia su cuerpo,  
y la lluvia sobre sus rizos será mi alimento.

Su pelo enrojecido no tendrá importancia,  
descenderé desde el alma a la fina tierra  
que sustenta y cobija su savia inocente;  
la caja de Pandora no será nunca abierta.

## Lo que vendrá

En tenue cadencia llega abril, rosado,  
maltrecho, desnudo, su mente exultante,  
baja la cabeza, y es el sol radiante  
quien vela el sepulcro del enamorado.

Es noche y hay luna, y abril, sonrojado,  
descubre una aurora de luz vacilante  
de tinte azulado, y es la luna amante  
quien abre el sepulcro del enamorado.

Quedan dos mejillas que luchan a ciegas  
contra el vasto enigma del cielo estrellado;  
y el canto afilado de la húmeda tierra

refleja y ordena un sueño empapado,  
lo descubre al fin, y ese sueño encierra  
una lenta muerte de color morado.



## Romance del diablo

¡Qué tiente al diablo el son de las tintas empapadas,  
juego de sangre y sudor que hacia la tierra resbala.  
Llegue el son hasta mis ojos con cadencia de hora extraña,  
brille su luz ante mi como ecos de metralla.  
Juegue el diablo las cartas desde su excelsa atalaya,  
enviándonos sus dones de ser, verdad y otras máscaras.  
Vengan las cartas marcadas con el corte de una llaga,  
y con el puño cerrado apretadlas y asfixiadlas!

En el cielo del Olimpo el diablo echó las cartas,  
y de impúdica inocencia murieron al fin las Parcas.  
Del mundo el Bien se apodera con la fuerza de un titán,  
y las burlas del diablo hacen a Zeus tiritar.  
El tiempo se ha detenido, para poder contemplar,  
la caída de su hijo desde su exilio estelar.  
Cronos ríe sin malicia, en su trono, con clemencia,  
ve el pasado y el futuro, tiene infinita paciencia...

Marca el diablo su canon con las pautas de una ciencia,  
aprovecha de lo eterno su sin par benevolencia:  
"De los cielos refulgentes y la noche oscura y plena,  
que brote vuestro Universo como un canto de sirena,  
que nazca cada metáfora de las brillantes estrellas,  
como espuma de las olas que bordan al mar su esencia,  
y que el mar devuelva el agua, como dones a la Tierra;  
un pasado y un futuro que sus tristezas envuelvan."

En su silla de madera Eros espera, embriagado,  
que lo perpetuo renazca de los misterios del hado,  
pasar a la acción no puede, clásico y bello, marcado  
con las ansias del afecto y lo apolíneo exaltado.  
De una voluntad profunda, el gran muchacho ha tomado  
poemas de verde lira y coros aun no cantados,

satisface los anhelos que el diablo ha censurado  
al vengarse, sin pudores, de los efluvios de Erato.

De tal misterio creador, buscó el diablo el hechizo,  
que torció el canto en plegaria y bendijo lo prohibido,  
del mar, el fuego y la tierra, todo aquello que nos hizo,  
como una bella mujer con el corazón herido.  
Melpómene ha despertado, con los constantes chillidos  
que Eros remite al hombre desde un lugar sin sentido,  
y entretanto se deshace el alma del ser impío,  
de pronto se encuentra el hombre abrigado en el olvido.

La magia al fin da sus frutos, y el diablo se lamenta  
de terminar su trabajo sin oír cantos de fiesta,  
pues el hombre ya ha olvidado su condición en la Tierra,  
y si alguna vez recuerda, se viste para la guerra.  
Transmutación de las almas, difuntos en la vereda,  
extintos en tono rojo machacados en la piedra,  
el legado del diablo, escrito en enmienda negra,  
conduce a una poesía carcomida por la brea.

Icaros de alas de bronce surcan el cielo en la noche,  
para escapar del olvido, y que su vuelo prologue  
fantasías o secretos, nuevas verdades que roben  
protagonismo al diablo, vivo de muertos de adobe.  
Para el Icaro el diablo ha de encontrar el azote  
que ponga peso a sus alas y su deseo malogre;  
una memoria al futuro, una voluntad innoble,  
las cargas de la ironía o dialécticas sin nombre.

De la tragedia de un dios, el diablo deja marca  
en el corazón del hombre que de vivir no se espanta,  
y en los cielos sulfurosos animados por la calma  
se expresa el rostro del hombre feliz de cielo y desgana,  
de fe que el diablo vuelve, con el suspiro que exhala,  
exigiendo de su arbitrio fragor para la batalla

que se plantea en la tierra, espejo del mal que clama  
por su derecho de sangre, solución que el aire inflama.

El trono huérfano al tiempo que el diablo ha propagado,  
de oropeles y guirnaldas y colores bien pintados,  
se tiene por bienhechor de los ánimos colmados,  
que buscan en el futuro suertes de cambio, irritados.  
Una invocación perenne es lo que busca el diablo,  
de suerte que en sus entrañas sobrevive un llanto amargo,  
de la conciencia, y el acto de convertir al amado  
en ser humano, y seguido, en señor de lo creado.

La conciencia de los hombres de colores viste el diablo,  
al fijar en el futuro un afán y cien vocablos,  
a manera de un espejo que reflejara un retablo  
de pasiones encontradas convertidas en harapos.  
Las pasiones exhumadas en un templo sacrosanto  
combaten con mil razones de poderes y, entretanto,  
aquel diablillo orgulloso escapa a su desengaño:  
¿alguien querría encontrar en su acción tanto quebranto?

Como un dios transfigurado, grotesco como la Equidna,  
de entrañas enrevesadas y aspecto que al hombre anima,  
el diablo tienta a los muertos con su eternidad, que arrima,  
el don mortal de los hombres a la infinitud divina.  
De la yerma tierra el hombre resucita como enigma,  
mas la realidad no aclara sino una suerte de alquimia:  
signos al cielo elevados, brotes de obediencia en liza  
y virtudes inventadas al son de voces de cripta.

El mayor bien de los hombres; la más alta perspectiva  
que baña el coro del mundo con sus goces e inventivas,  
y del mundo hace el hogar de su fuerza sensitiva,  
es materia que al diablo le causa profunda herida.  
Sintiendo el poder que exhala la pureza de la vida,  
mezclada con la conciencia, se plantea la diatriba

de la muerte de las almas, invocando desmedidas  
esperanzas, y delirios, de fortuna prometida.

## Viejo

Un viejo errante cabalga,  
sucio y maloliente,  
sobre las épicas dunas del deseo,  
filosofando y maldiciendo la vida.

La soledad, su compañera,  
le muestra caminos mil veces recorridos,  
como el fulgor del Sol sobre la tierra yerma.

Sonidos de sepulcros divinos interrumpen su galope;  
se para, escupe sobre ellos,  
y sigue su ruta hacia ninguna parte.

Cien años bastan para que el viejo  
destile el denso licor de sus venas de bronce  
y acaricie con sus oídos  
el súbito despertar de sus huesos.